

Carta desde Inglaterra

Diálogos y predicadores

Jordi Doce

Uno de los placeres más sencillos que ofrece la prensa británica a sus lectores es ese diariamente renovado cajón de sastre llamado *Cartas al director*. Se trata, además, de un placer doble: el de aquéllos que toman la pluma (o el teclado del ordenador) y deciden hacer públicas sus bromas, reflexiones e irritaciones; y el de quienes buscamos en esa página comunal y compartida un eco de nuestros propios humores, a menudo exasperados por el pudor o esa desgana que nos impide darles forma escrita. Alguien me dirá, con razón, que cartas al director las hay en todos los diarios españoles; pero dudo que el fondo raquíutico que *El País* reserva a sus lectores pueda compararse a la riqueza y variedad de esos tres cuartos de página con que *The Times* o *The Guardian* premian la fidelidad de los suyos. Y no es sólo cuestión de espacio. Basta demorarse un poco en esta correspondencia para comprender que la diferencia atañe al tono, a la actitud; frente a la rigidez inexperta de los corresponsales españoles, esa incertidumbre del que acaba de entrar por la puerta e ignora las costumbres del club, los lectores británicos discurren, interrogan y asaetean con vivacidad y gracia, sabedores de las convenciones, sostenidos por una larga tradición de diálogo epistolar que permite la diversión y la variación. El lector español, tradicionalmente indefenso ante las arbitrariedades ajenas (en especial las estatales), protesta, anuncia y denuncia, utiliza el periódico como vía de escape de sus preocupaciones y busca, tal vez, algo de complicidad, de comprensión; si corrige algún error, lo hace con humildad, como excusándose, con el tono vacilante de quien se enfrenta a un superior. El lector británico, en cambio, se siente protegido: sus cartas son reacciones espontáneas a lo leído, apostillas, correcciones de igual a igual, juegos de humor de apenas dos líneas que buscan la sonrisa ajena; y siempre, o casi siempre, tienen que ver con asuntos publicados en el diario. ¿Exagero? Tal vez. Es verdad que los españoles empezamos a dominar las convenciones del diálogo y que los británicos, gracias a los impagables esfuerzos de Mrs. Thatcher, no ignoran los vaivenes de la arbitrariedad estatal. Pero las diferencias son mayores que las semejanzas. El español medio extrae del periódico la información o las opiniones que han de sustentar su combate diario (en la calle, en el bar, en

la oficina) con los otros. El lector británico no utiliza lo leído como arma arrojadiza: lo calla o lo comparte, más lo primero que lo segundo; y su indignación no tiene más testigos que sus colegas de lectura. Su lugar de encuentro no es la calle o la plaza, sino el foro semianónimo de la página impresa, donde el nombre hace las veces de escudo.

Sólo un país donde las cartas tardan un día en llegar a su destino permite que la correspondencia sea un diálogo vivo. Suele ocurrir, así, que dos lectores se enzarcan a lo largo de días y semanas en un intercambio de críticas y explicaciones que de inmediato divide a un público atento: el foro convertido en *ring* de boxeo. Me viene a la memoria, en particular, un toma y daca de especial acritud entre John Le Carré y Salman Rushdie, cuando aún era remota la posibilidad de que el gobierno iraní revocara su apoyo expreso a la *fatwa*. Las críticas de Le Carré al gasto que suponía proteger a Rushdie de un ataque terrorista, con el argumento impecablemente egoísta de que «algo habrá hecho para que le persigan», hicieron saltar a un Rushdie ansioso por no estorbar las posibilidades de una amnistía; Le Carré, sin embargo, se mantuvo inflexible, y lo que siguió fue lo más parecido al linchamiento público de un escritor que recuerdo: la respuesta lectora fue masiva y el creador de Smiley tuvo que salir por piernas de una sección donde su solo nombre empezaba a concitar una ira cerrada. El procedimiento, debe añadirse, fue exageradamente democrático: las cartas de Rushdie y Le Carré aparecieron mezcladas con las de otros lectores, sujetas al mismo escrutinio y la misma lectura crítica. Cualquiera podía intervenir y dar su opinión. No era un diálogo sobre un podio, como el que a veces mantienen ciertos escritores españoles en los medios que les pagan. No se trataba de un acontecimiento que hubiera que enmarcar o señalar con negritas portentosas. Y la virulencia del intercambio no dio paso en ningún momento al ataque personal, al gesto de ingenioso desprecio para la galería que hubiese distinguido a los muchos aprendices de Umbral (inclusive el propio Umbral, convertido ya en parodia de sí mismo) que copan nuestros diarios.

Muy diferentes son los suplementos y semanarios culturales: aquí el diálogo se convierte por lo común en una discusión de tintes académicos donde está en juego, ante todo, el propio prestigio. La sección de cartas de *The Times Literary Supplement*, en particular, es apasionante: una plaza pública donde es posible presenciar los más feroces ataques bajo el disfraz de una educada ironía. No en vano esta sección ocupa la página central, como si su sola presencia dispersara el humo de críticas y elogios del semanario. Uno procede a leer las demás páginas con la certeza de que cualquier equivocación o cualquier arbitrariedad de juicio serán expuestas tarde o

temprano ante el lector. Imposible ocultar la propia ignorancia: lo más fácil es que nos desenmascaren. Esto no significa, claro está, que el crítico no pueda expresar un juicio, sino que su juicio puede ser matizado o contestado por el juicio ajeno. Arranca así un diálogo sin el cual no puede hablarse de una atmósfera cultural saneada. Crecen la transparencia y el rigor; decrecen la arbitrariedad, el juicio sumario, el veredicto inapelable. Resulta escandaloso, de hecho, que los suplementos culturales españoles no admitan la posibilidad de comentar o rebatir por escrito (y con largueza, si fuera necesario) las reseñas publicadas en sus páginas. Me parece que cualquier comentario sobre el valor y función de nuestra crítica queda en entredicho mientras no se reconozca esta carencia, que ofrece total impunidad al crítico a cambio de unos comentarios mejor o peor trabados. Cierzo, nuestros suplementos culturales no son un prodigio de transparencia: los mismos nombres se repiten una y otra vez; no siempre es evidente la razón que empareja libro y comentarista; y abundan las entrevistas a autores de la casa, convertidas las más de las veces en panegíricos de lenguaje somero y publicitario. Pero sobre todo esto gravita una actitud de desprecio hacia el lector, al que se considera mero espectador o comparsa sin posibilidad de réplica, y que a menudo debe guardar silencio ante las mayores imbecilidades. No es infrecuente, así, que amigos reconocidos se elogien mutuamente, o que libros escritos por especialistas sean reseñados por legos, o que se invite a un escritor de mayor o menor prestigio a encadenar trivialidades a cuenta de un asunto del que no sabe nada y sobre el que ni siquiera ha tenido la decencia de documentarse. A veces estas tres circunstancias concurren y el lector no sabe qué puede más, si la vergüenza ajena o la sospecha insultante de ser objeto de un engaño. Hay manos que al parecer no conocen la existencia del cerebro, y a su cuidado se encomiendan muchas de las páginas de nuestros suplementos.

Me parece, sin embargo, que este escaso respeto hacia el lector es un rasgo antiguo y señalado de nuestro ambiente cultural. En España no existe propiamente la figura del columnista, aunque hasta el más insignificante periódico local disponga de ellos a cientos. No, los que de verdad hacen furor en nuestro país son los predicadores, los anatematizadores; lo que nos encanta, lo que aún nos pone en pie en nuestro asiento, es la violencia del verbo, la capacidad de quien escribe para juzgar y excomulgar, para invocar extremos y trazas líneas sobre la página, a la manera de un moderno Pizarro cultivador de «o conmigo o contra mí». Vuelvo a exagerar, y casi me parece estar cayendo en el error que critico, pero cualquiera que haga repaso de nuestros más afamados columnistas (y apetece ampliar la distinción al ámbito más heterogéneo de los literatos) distinguirá dos bandos no

siempre diferenciados: el de los ingeniosos y el de los predicadores. En rigor, poco importa distinguirlos. El destino seguro de ambos es la trivialidad y la banalización. Y así, por cada escritor de fama que «truen» (verbo que por sí solo nos devuelve al mundo violento y maniqueo del Antiguo Testamento), son diez los que gustan de leernos la cartilla con el tono paternalista de un párroco de pueblo.

No deja de ser irónico, tal vez, aunque fuera esperable, que este gusto por la prédica haya tenido especial éxito entre nuestra izquierda. Algo tienen que ver con esto las palabras de Octavio Paz, que definió el comunismo como una nueva ortodoxia religiosa que muchos abrazaron con la misma violencia con que en otro tiempo se hubieran convertido al catolicismo posconciliar (de Trento): en ambos casos se trataba de abrazar una fe y armarse de certezas inamovibles. Me parece que Paz, al hacer este comentario, pensaba en alguien como Bergamín, pero sus palabras tienen mucho de reproche a un tipo de intelectual de izquierda que abdicó de su compromiso con la razón y con la presencia ineludible y vinculante de los hechos. En la actualidad, las posiciones pueden haberse moderado, pero no el tono ni las maneras. Día tras día, nuestros periódicos dan espacio a anatematizadores que no saben de dudas ni contradicciones, que no reconocen la existencia del otro porque no conocen más que una versión limitada y monolítica de sí mismos. La columna se vuelve podio, púlpito, y el discurso diatriba o arenga, según las circunstancias. No digo que no haya razones: digo que esas razones no llegan a su fin o se han convertido en consignas repetidas a modo de conjuro, como si quisieran alejar así la sombra de unos hechos cuya interrogación les molesta. No sucede esto sólo en las columnas o artículos de opinión. Un poeta de trayectoria tan sólida e irreprochable como José Ángel Valente (en rigor, uno de nuestros imprescindibles poetas vivos) suele amenizar sus entrevistas y comentarios críticos con ataques airados hacia cualquier posición que no concuerde con la suya. Esta irascibilidad susceptible tiene, sin duda, un sentido originario de pureza, de fidelidad a unos principios rigurosos. Pero su expresión no debe ser la condena, a riesgo de postular un mundo sin alteridad, ajeno a la existencia plural y multiforme del otro. En ese mundo no hay desafío; tampoco reconocimiento de quiénes somos en los demás. Sin duda, puede responder alguien, si algo ha explorado la poesía de Valente en éstos últimos años es ese espacio de la otredad, del que el poema es umbral e inminencia. Tal vez, pero el otro de Valente no es más que una forma más intensa de ser uno: un ser suficiente, poseído por su propia perfección.

Son tal vez demasiados siglos de fervor mariano los que aún enturbian el ambiente, y no es fácil escapar a los reflejos adquiridos durante una juven-